

Elementos de una nación en la historia de Arequipa

Alejandro Málaga Núñez-Zeballos

Dr(c) Universidad de Tarapacá, Chile
Profesor de la Universidad Nacional de San Agustín, Perú

RESUMEN: La segunda ciudad considerada como la más importante de la República del Perú es Arequipa. Su pasado se remonta a miles de años y paulatinamente se fueron desarrollando diversos grupos étnico o naciones que ocuparon su territorio hasta el siglo XV en que los incas incorporaron dicho territorio y lo denominaron como Contisuyo, una de las cuatro partes de su vasto imperio llamado Tahuantinsuyo. Los conquistadores hispanos fundaron la ciudad de Arequipa en 1540 en la margen izquierda del río Chili y crearon la jurisdicción denominada con el mismo nombre, dicha urbe se convirtió en el nodo político, económico y social más importante del sur del virreinato peruano en los siglos coloniales. A inicios de la tercera década del siglo XIX, los pobladores pasaron de súbditos a ciudadanos gracias al praron oceso de la Independencia y en esa centuria generaron cinco revoluciones contra las medidas opresoras del gobierno centralista de Lima. Y en el siglo XX, hubo una protesta generalizada contra las medidas económicas del expresidente Alejandro Toledo. Estos sucesos marcaron a la población como rebelde y paulatinamente fue creando su propia identidad, que la fecha llega a ser considerada como un protonacionalismo. En el presente artículo, se realiza un seguimiento a los elementos que integran el concepto de nación, en la historia de la ciudad de la ciudad de Arequipa, se analizan los períodos prehispánicos, colonial republicano y contemporáneo para esclarecer la identidad de la sociedad arequipeña y como en la actualidad se puede percibir un sentimiento de regionalismo que ha ido concibiéndose en los últimos cien años.

PALABRAS CLAVE: Perú; Arequipa; nación; nacionalismo; regionalismo; identidad

Date of Submission: 25-01-2021

Date of Acceptance: 09-02-2021

I. INTRODUCCIÓN

La historia de la ciudad de Arequipa cuenta con un arraigo de unos 8,000 años aproximadamente, desde la aparición de los primeros cazadores-recolectores hasta la presente década del siglo XXI. La producción historiográfica, ha mostrado que existieron naciones preincaicas que habitaron el territorio de Arequipa y luego de 500 años de desarrollo regional, fueron sometidos en el 1438 e incorporados al imperio incaico. Casi un siglo después, llegaron los conquistadores españoles y el territorio denominado por los incas como Contisuyo su convertido en el corregimiento de Arequipa, con una extensión territorial desde Acarí frontera con el actual departamento de Ica, Perú, hasta la margen derecha del río Loa en la actual República de Chile. En el siglo XIX después del proceso de la independencia del Perú, el vasto territorio conformó los departamentos de Arequipa, Moquegua, Tacna, Arica y Tarapacá; después de la guerra con Chile, los dos últimos pasaron a conformar el norte chileno. En el presente estudio, se reflexiona sobre los períodos cronológicos históricos en los cuales la sociedad arequipeña mostró los elementos, que a partir de ellos se considera a una población como una nación.

II. DISCUSIÓN

La presencia del hombre en el territorio llamado por los incas como Contisuyo, se remonta a una larga trayectoria de ocupaciones y florecimientos culturales. Las investigaciones arqueológicas, demuestran que la evidencia humana más antigua, se remontan a los grupos de cazadores nómadas identificados a través de sus restos y pinturas rupestres logradas en las paredes de abrigos rocosos y cuevas, en sitios como Arcata (6000 a.C - 4000a.C), Quequeña (7500 a.C), Imata (4200 a.C) y Sumbay (4200 a.C – 3200 a.C) (Neyra, 1998); posteriormente, van a aparecer los horticultores seminómadas a lo largo de la costa en lugares como de Caravelí, Atiquipa, Quebrada de la Vaca, Jiway y Agua Salada (Szykuliski, 2010). La región presenta conjuntos arquitectónicos identificados como pequeñas ciudadelas edificadas en piedra, en lugares como Alto del Molino y La Huarca, y cementerios de cabezas-trofeo en Chaviña en algunos casos con influencia de la cultura Nazca; sin embargo, los lugares denominados como Toro Muerto y Churajón son de suma importancia por haber chulpas funerarias, gigantescos andenes y terrazas agrícolas, y presentar miles de petroglifos con escenas de caza, dibujos de los astros y figuras lineales diversas.

Desde el período de tiempo histórico denominado Intermedio Tardío (1000 d.C - 1438 d.C), existieron configuraciones sociales calificadas como naciones como los cunty que ocuparon la parte baja del valle del Colca, los collaguas la parte alta, los aruni establecidos en Alpacay, los cabana en Cabanaconde Caylloma y los

puquinas entre Arequipa y Moquegua. Estos florecimientos regionales, fueron sometidos e incorporados progresivamente por los incas al Contisuyo, territorio que en su máxima extensión llegó a tener un área de casi 90 leguas de largo y 10 y 15 de ancho por otras. El Contisuyo a inicios de la etapa colonial, tuvo como límites por el Norte al valle de Acarí que lindaba con Ica perteneciente a Lima y Lucanas y Parinacochas a Huamanga, al Sur el desierto de Atacama, al Este estaba Condesuyos y Lampa del Cusco, Chucuito de La Paz y Pacajes, Carangas y Lipés de la jurisdicción de La Plata; y finalmente, al Oeste el océano Pacífico.

En las crónicas de Indias figura que el tercer inca Lloque Yupanqui, se ausentó del Cusco para iniciar la conquista de las provincias del oeste que integraban el Contisuyo, en su avance llegó hasta el río Apurímac y para cruzarlo dispuso que parte la comitiva edifique un puente colgante de sogas tejidas, sobre el cual pasó el hijo del Sol con todo su ejército y paulatinamente sometió los territorios de Chumbivilcas, Belille, Alca, Taurisma, Cotahuasi, Pomatambo, Parinacochas y Condesuyos; luego, avanzó hasta el valle del río Chili y allí creó los siguientes pueblos en la Chimba: Yanahuara, Sachaca, Alata y Tiabaya, y en la margen izquierda del río Chili, Socabaya y Paucarpata (Vásquez de Espinoza, 1969). En treinta años, llegó a conquistar un territorio de más de 100 leguas de largo de Norte a Sur, y de ancho más de 15 leguas de este a oeste, incrementando los dominios del Tahuantinsuyo en más de 300 leguas. Dejó como sucesor a su hijo con Mama Cuca, el príncipe Cápac Yupanqui. Fue el séptimo inca Yaguar Huaca, quien gobernó sin realizar ninguna incursión de conquista, no tuvo disposición de visitar las diferentes provincias, por conocer una profecía de muerte que estaba relacionada con su nombre que significaba el que llora sangre y un incidente similar le ocurrió siendo niño; por ello, envió a su hermano Inca Mayta Capac - que tomó el nombre de Apu Mayta que quiere decir gran señor - a conquistar los territorios del oeste, en su primera incursión armada conquistó desde el valle del río Chili hasta Atacama y en la segunda intentó conquistar los territorios de los indios carangas, lipés y chichas en la actual Bolivia.

Hasta esta época, las sociedades o naciones andinas tuvieron como soporte económico a la agricultura, basaban su organización social en el ayllu y sus relaciones de reciprocidad y redistribución eran los pilares de su eficacia; además, el sistema religioso politeísta reafirmaba el tipo de gobierno, a partir del cual, el gobernante fungía ser la divinidad viviente que establecía el equilibrio cósmico. Estas naciones andinas, poseyeron algunos elementos que caracterizaron su singularidad o a partir de ellos su distinción, como su propia lengua: quechua, aymara, puquina, chinchasuyo, y coli, su propia iconografía en textiles, cerámica y objetos de orfebrería, y sus expresiones culturales como bailes, música y canciones.

Los primeros españoles que recorrieron ambas márgenes del valle del río Chili, fueron los exploradores que cabalgaron por dicha área en los meses que transcurrieron de 1534 a 1535, para informarle lo descubierto a Francisco Pizarro. Dos años después, arribó al valle el conquistador Diego de Almagro con sus hombres hambrientos y enfermos después de su fracasada expedición a las tierras de los indios araucanos, las penurias vividas por ellos las describe el cronista Cieza de León (1551), indicando que Almagro estaba al mando de 193 españoles, algunos a caballo otros a pie, a otros los define como peones indios e indias encadenados, trasladaban las provisiones recibiendo muchos azotes y golpes, los que perecían agotados eran abandonados en el camino y cada vez que la caravana se detenía tenían que conseguir leña y forraje para los caballos. En 1537, Almagro en su retorno decidió establecerse en la margen izquierda del río Chili, en una pequeña aldea habitada por los indios yarabayas, ahí fundaron la primera ermita advocada a san Lázaro. Algunos enfermos y heridos fueron dejados por el resto de la milicia del conquistador, luego de permanecer entre 8 y 9 meses partió a socorrer a Francisco Pizarro, que estaba en el Cusco rodeado por las fuerzas militares de Manco Inca. La ayuda llegó a tiempo y se libraron de los indios, años después se aseveraba el acontecimiento con la versión que la virgen María se apareció y ayudó al rechazo de los infieles con una nube o tormenta de arena que cegó a los indios, oportunidad que fue aprovechada por los conquistadores para derrotar a los indios (Guamán Poma de Ayala, 1993).

Cuando se fundó en 1539 Villa hermosa de Huacapuy en Camaná estuvieron presentes 114 españoles, ahí quedó establecido el primer cabildo civil del territorio que era denominado por los incas como Contisuyo, al poco tiempo los vecinos escribieron a Pizarro informando y quejándose de una serie de problemas que surgieron como: escasas de agua potable, muchos insectos dañinos, huida de los indios y otras desavenencias con las que fundamentaron y propusieron el traslado de la villa a otro lugar. Pizarro estuvo de acuerdo con la petición y ordenó la movilización de los pobladores al valle del río Chili y allí ocuparon la margen izquierda, la aldea de los indios yarabayas, el 15 de agosto de 1540 el extremeño García Manuel de Carbajal representando al gobernador Francisco Pizarro, como teniente de gobernador ordenó y dispuso la fundación de Villa Hermosa de Nuestra Señora de la Asunción Arequipa, evocando el día que ascendió al cielo la Virgen María.

La ciudad de Arequipa en los siglos coloniales, recibió varias distinciones del rey hispano por la lealtad de la población mostrada en distintas oportunidades; como vimos, fue elevada de villa a ciudad el 22 de setiembre de 1541, por su participación leal en las guerras civiles entre conquistadores fue distinguida como “Muy Noble y Muy Leal”, posteriormente como “Fidelísima”. Ante los incidentes de 1780 iniciados por Túpac Amaru II, los arequipeños se mostraron hostiles como fieles súbditos del rey rechazando al insurrecto, por ello

la Ciudad Blanca fue distinguida como la “Provincia restauradora del Collao”. Además, hay que resaltar que desde la fundación se avecindaron muchos blancos, por ello y además el empleo del tufo volcánico llamado sillar en las edificaciones, fueron los elementos por los cuales la población arequipeña se consideraba distinta al resto de los corregimientos e intendencia vecinos. Recién en 1814, ante el levantamiento del cacique de Chinchero, García Mateo Pumacahua y los hermanos Angulo, podemos ver que el sentimiento de fidelidad se va diluyendo y surge un ideal de una patria nueva imaginada con libertad, igualdad y confraternidad, que se va a materializar entre 1821 y 1824, período de las guerras de la independencia.

La transformación política de los arequipeños de súbditos a ciudadanos, no fue el ideal que se cumplió, ya que los afroperuanos siguieron siendo esclavos, la Iglesia mantuvo su sagrado poder y las elites conservaron sus facultades y posesiones al realizar pactos individuales con los libertadores y posteriores autoridades políticas (Chambers, 2003). En el siglo decimonónico, la población arequipeña se caracterizó a partir de la ubicación de sus viviendas, la gente de la ciudad fue llamada “ccala” y los pobladores de las antiguas reducciones indígenas o pueblos de indios, fueron los “lonccos”, ambos términos provienen de un lenguaje que nace de la mezcla del castellano con términos quechuas, aymaras y puquinas, conformando la llamada “habla loncca”. Caracteriza a la población arequipeña su espíritu revolucionario, ya que los arequipeños participaron activamente en consolidar el proyecto de Confederación Peruano-boliviana (1836-1839), estando a favor de ella y en contra del dictador militar limeño Santiago Salaverry; saludaron fervorosamente la presencia del militar boliviano general Andrés de Santa Cruz, se unieron y lucharon, y se resignaron cuando se perdió la guerra contra limeños, nortños, chilenos y argentinos, quedo disuelta la unión del Alto Perú con el Bajo Perú.

A mediados del siglo XIX, en Arequipa se originó la Revolución Liberal de 1854, se dio como una insurrección popular contra el gobierno de José Rufino Echenique por la excesiva corrupción capitalina. Dos años después, se produjo la guerra civil peruana de 1856 a 1858, conocida como una de las más largas y violentas del Perú entre los caudillos Ramón Castilla contra Manuel Ignacio Vivanco, y las ideologías de liberales contra conservadores. Posteriormente, finalizada la guerra con Chile, se produjo la revolución de 1884, sangrienta guerra civil entre los generales Miguel Iglesias y Andrés A. Cáceres, durante la cual la ciudad de Arequipa se levantó contra las autoridades iglesistas, desconociendo la autoridad del llamado presidente regenerador y poniendo a la ciudad a disposición del Brujo de los Andes. La revolución de Arequipa del año 1955, fue un episodio importante que sucedió en las postrimerías de la dictadura de Manuel A. Odría, sucedió los días 21, 22 y 23 de diciembre, en los cuales la ciudad de Arequipa libró una intensa lucha para recuperar la democracia en el Perú. En opinión del destacado político Javier de Belaúnde Ruiz de Somocurcio, conocido como “el león del sur” los sucesos ocurridos, constituyen uno de los movimientos de mayor trascendencia política que tuvo Arequipa en el siglo XX, agregando que redirigió el rumbo de la política nacional y fue de enorme trascendencia para la vida democrática nacional.

En el siglo XXI, el expresidente y ahora prófugo de la justicia peruana, Alejandro Toledo, intentó privatizar la empresa arequipeña del gas denominada EGASA, a pesar que había firmado un año antes una carta en la que se comprometió a no realizar la venta. En junio del 2002, la población arequipeña se movilizó con el lema “arequipazo” y se opuso gallardamente a las intenciones de Toledo, a través de marchas reprimidas violentamente por el Ejército, logrando que el gobierno retroceda en su nefasto plan. La gente acuñó la frase: “Si le faltas el respeto a un arequipeño tienes un gran problema”. Como vemos, las revoluciones definieron el carácter político rebelde, por el cual Basadre llegó a afirmar que Arequipa era una pistola que siempre apuntaba a Lima. Los levantamientos marcaron a los arequipeños y se distinguieron como un conjunto de habitantes que nunca dejaron que el gobierno autoritario se imponga y abuse de ellos.

La conciencia nacional se elabora desde la historia de una nación, su memoria colectiva, y como los historiadores son sus constructores de oficio, están directamente implicados en los procesos de construcción de las naciones modernas (Hobsbawm, 1992). Dicha conciencia, ha sido ampliamente manipulada con influencias de los grupos dominantes, mediante la elaboración de discursos históricos orientados a su legalización o legitimación como tales. En el Perú, podemos mencionar que entre ellos figuran: la historia nacional crítica que denuncia la época colonial, reflexiona sobre el fracaso de la república criolla y promueve una nueva visión de nuestra historia desde las acciones de las sociedades andinas conquistadas y derrotadas que insiste en el valor sistémico de lo andino opuesto a lo occidental (Lumbreras, 1972), también se ha propuesto lo andino como una gran fuerza que produciría una especie de inversión o Pachacuti, que haría de los dominadores de hoy los dominados o despojados del mañana (Macera, 1979), y finalmente, se intentó elaborar un discurso histórico donde lo andino se presenta como un mecanismo de continuidad histórica, de lucha anticolonial y de integración nacional (Flores Galindo, 2010).

El historiador inglés Hobsbawm, afirma que generalmente no tenemos dudas sobre el concepto de nación, pero basta que alguien nos pida una definición para que se inicien nuestras dificultades, por ello sugiere descartar la posibilidad de una definición objetiva, sustentada en hechos empíricamente constatables, para optar por su contrapartida. Una definición objetiva podría ser aquella que define a una nación como una comunidad imaginada en un territorio propio, un Estado central, una lengua, una religión y costumbres que han sido

productos de un largo proceso histórico (Anderson, 1993). Esta definición subjetiva, nos permite tener la existencia de una conciencia nacional, una memoria propia y un sentimiento de pertenencia, afecto y obligatoriedad con un determinado grupo social. El mismo autor, indica que existen elementos de un proto-nacionalismo popular, que pueden conducir a la emergencia de una nación moderna; entre ellos figuran la religión, la lengua, la raza, una organización política.

En el Perú contemporáneo, existen varios elementos de dos proto-nacionalismos. Uno popular y otro de las élites, ambos en confrontación abierta o subterránea y funcionando en base a proyectos diferentes. El Estado, en la mayoría de décadas republicanas ha sido el promotor del proyecto occidentalizante de las élites, no ha podido cumplir un rol integrador y por eso con frecuencia se ha convertido en un Estado autoritario, antidemocrático y antipopular. No se puede negar que actualmente existe una sola nación peruana, pero al mismo tiempo varios nacionalismos, excluyentes e intolerantes entre sí. También se pueden distinguir tres nacionalismos: el criollo, el indianista y el andino moderno. El primero, surgió como un movimiento republicano nacionalista luego de las victorias de los ejércitos de San Martín y Bolívar en el proceso de lograr la independencia, pero no logró desarrollar un programa coherente e integrador, este nacionalismo integró a la historia andina en su ideología, pero nunca a los indígenas, más bien fueron vistos como un obstáculo y un problema a los proyectos modernizadores. El nacionalismo indianista, demagógico, desintegrador, sin propuestas posibles y sin el apoyo de las supuestas mismas poblaciones indígenas beneficiarias; y finalmente, el nacionalismo moderno que deriva de un nacionalismo andino en transformación constante, proviene de la mayorías sociales, indígenas, mestizas y criollas y con una autenticidad consolidada por un largo proceso de conocimiento de la flora y fauna y la configuración de organizaciones sociales y diversas tecnologías, que han permitido un manejo racional del entorno ecológico, es un nacionalismo que emerge de sus propias imaginadas raíces, mucho más andinas, populares y sincréticas.

En el caso de la ciudad de Arequipa, la identidad de la población contiene un grupo de elementos fundamentales e inconfundibles, que la caracterizan a su propia manera. Este proceso ha dado como resultado “un crisol de mestizaje” (Mostajo, 1896). La identidad cultural arequipeña, se expresa en su típica arquitectura mestiza de sus viviendas, templos y edificios públicos y de la ciudad, resultado de las reducciones que estableció el quinto virrey del Perú, don Francisco de Toledo en los años setenta del siglo XVI. También hay que tener en cuenta la música definida con el nombre de yaraví, constituyéndose como la música popular desde el último tercio del siglo XVIII; además, está el habla popular, una mezcla de términos castellanos con vocablos quechuas, aymaras y puquinas, definida como el habla “loncca”. También figura la enorme religiosidad de la población en cada festividad de santos, santas y beatos, y procesiones de devociones y advocaciones marianas; la gastronomía, es otro elemento imprescindible por el cual el habitante de Arequipa se siente muy orgulloso, ya que este mestizaje de insumos y técnicas de preparación de potajes, ha generado un sinfín de platos que son la admiración y deleite del extranjero o visitantes. Todas estas manifestaciones culturales mestizas, poseen componentes occidentales y andinos que se fueron fusionando desde mediados del siglo XVI hasta inicios del siglo XX, y han sido reconocidos como características de una población única, sólida y dinámica; y además, que posee una conciencia de su propio valor y trascendencia histórica en relación al resto del país.

En la actualidad, la ciudad de Arequipa escenario de muchos acontecimientos históricos, ostenta el título de Patrimonio Cultural de la Humanidad, distinción que enorgullece a sus distintos habitantes, los llamados arequipeños verdaderos y los arequipeños altioplánicos; los primeros remontan su origen - según ellos - a los primeros encomenderos andaluces, castellanos y extremeños que llegaron en el siglo XVI, y los segundos oriundos principalmente de las ciudades de Puno, Juliaca y la provincia de Caylloma. El arequipeñismo, concebido como el sentimiento a la cultura arequipeña, ya no es el mismo, es fácil reconocer diversas expresiones altioplánicas, que paulatinamente han ganado espacio y se pueden ver en los bailes como la saya, la morenada, la diablada, los caporales, etc., discretamente han ido desplazando al Carnaval arequipeño, a la pampeña y a la marinera, incluso la danza patrimonizada por UNESCO de Arequipa es el Witite, expresión danzante que es propia del Valle del Colca en la provincia de Caylloma.

La peruanidad, como sentimiento a las diferentes expresiones culturales de la nación o naciones (Belaunde, 1987), en Arequipa el arequipeñismo, ha tomado un giro hacia la cultura aymara por la abrumadora difusión de expresiones culturales altioplánicas. La faceta de Arequipa se ha tornado más andina, a pesar que parte de su población se niega a reconocerlo y también los arequipeños altioplánicos, a su vez, reniegan se sus raíces puneñas, juliaqueñas, etc; sin embargo, se mantiene una raíz religiosa que se activa dinámicamente cuando es la celebración de la festividad de la Virgen Candelaria de Puno. Acuden a bailar y también a devotarse solicitando un favor divino o agradeciéndolo, luego vuelven a su cotidianidad de identidad arequipeña. El mestizaje cultural arequipeño, con el transcurrir del tiempo histórico, va tomando una nueva fisonomía, se ha ido transformando y seguirá su curso, las nuevas generaciones se formarán con otras costumbres y tradiciones, y en lo político seguirá siendo un pueblo peligroso a los intereses capitalinos, “una pistola apuntando a Lima” (Basadre, 2015).

III. CONCLUSION

La población de la Arequipa, en su territorio tuvo varias ocupaciones desde siglos prehispánicos hasta que los incas incorporaron dicho territorio y lo denominaron como Contisuyo; posteriormente, los conquistadores hispanos colonizaron dicho espacio fundando la ciudad de Arequipa y estableciéndose y difundiendo sus costumbres y prácticas culturales que fueron arraigándose hasta nuestros días y constituyendo los variados elementos de la identidad regional definida como mestiza. En el imaginario de los arequipeños, Arequipa tiene una fuerte carga de elementos culturales occidentalizados y en menor medida andinos, pero paulatinamente esta idea ha ido cambiando en los últimos treinta o cuarenta años, a causa de las migraciones altiplánicas que han ido introduciendo sus costumbres y prácticas en la población arequipeña y a la fecha ya se han constituido como propias de la localidad (Love, 2017). La fisonomía del arequipeño, ahora está integrada por nuevos elementos andinos como bailes y prácticas como hacer los pagos a la Madre Tierra cada vez que se techa una vivienda o se vende una cosecha. Al interior de su población, hay tres posturas culturales: los arequipeños de arraigo ancestral que ven con malos ojos a los migrantes y sus expresiones culturales, los hijos de los migrantes andinos que se sienten arequipeños por haber nacido aquí y reniegan u ocultan su pasado indígena, y los arequipeños que paulatinamente han aceptado a que la fisonomía de la identidad regional va cambiando lentamente en una dinámica cultural que no se puede frenar ni negar

REFERENCIAS

- [1]. Anderson, B. 1993, Comunidades imaginadas, Verso, México.
- [2]. Basadre, J. 2015, Historia de la República del Perú, Perú21, Lima.
- [3]. Belaúnde V.A. 1987, Peruanidad, Comisión Nacional del Centenario, Lima.
- [4]. Cieza de León, P. 1987, Crónica del Perú, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.
- [5]. Chambers, S. 2003, De súbditos a ciudadanos: honor, género y política en Arequipa, 1780-1854, Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales en el Perú; Lima.
- [6]. Flores Galindo, A. 2010, Buscando un Inca: Identidad y utopía en los Andes, Editorial Horizonte, Lima.
- [7]. Guamán Poma de Ayala, F. 1993, Nueva coronica y buen gobierno, Fondo de Cultura Económico, México.
- [8]. Hobsbawm, E. 1992, Naciones y nacionalismos desde 1780, Grijalbo Mondadori, Barcelona.
- [9]. Love, T. 2017, The Independent Republic of Arequipa: Making Regional Culture in the Andes, University of Texas, Austin.
- [10]. Lumbreras, G. 1972, De los orígenes del Estado en el Perú, Milla Batres, Lima.
- [11]. Macera, P. 1979, Visión histórica del Perú: del paleolítico al proceso de 1968, Milla Batres, Lima.
- [12]. Mostajo, F. 1896, El modernismo y el americanismo, Imprenta de la Revista del Sur, Arequipa.
- [13]. Neyra Avendaño, M. 1998, Arqueología de Arequipa, CRONOS La Revista de Arqueología, Arequipa.
- [14]. Szykalski, J. 2010, Prehistoria del Perú Sur (Costa extremo sur), Universidad Católica de Santa María de Arequipa – Universidad de Wrocław, Arequipa.
- [15]. Vázquez de Espinoza, A. 1969, Compendio de la Indias Occidentales, Ediciones Atlas, Madrid.

Alejandro Málaga Núñez-Zeballos. "Elementos de una nación en la historia de Arequipa." *International Journal of Humanities and Social Science Invention (IJHSSI)*, vol. 10(02), 2021, pp 43-47. Journal DOI- 10.35629/7722